

LOS GRUPOS CONTRA (-RRESTAN) LA ESCUELA

Por un largo tiempo hemos vivido, y quizá seguimos aún viviendo con la idea de que el psicoanálisis es uno y es freudiano. Aunque éste sea uno, eso no quiere decir que sea uniforme. Esto sólo significa que el psicoanálisis está fundado sobre algunos principios y reglas sin los cuales dejaría de existir como disciplina, práctica y técnica. Pues hablar **del** psicoanálisis no excluye a priori la diversidad de orientaciones y de lenguas teóricas, ni las variaciones de ciertos aspectos de la técnica, ni, con mayor razón, las particularidades y las diferencias de estilos.

Habría pues, se puede decir, un problema de partida: en tanto práctica y discurso, el psicoanálisis es un lazo social de a dos, dicho de otro modo, una pareja. No obstante, sabemos que esa pareja no es de generación espontánea, que hay condiciones bastantes precisas que la determinan y presiden su formación. En la primera fila de estas condiciones está la siguiente: *que haya psicoanalista*.

Desde Freud, el psicoanálisis no ha cesado de ser acosado por esta pregunta: ¿Cómo asegurar que haya y que siga habiendo psicoanalista?

Las diferentes comunidades de analistas conocidas hasta hoy, son tantas tentativas de responder, o al menos y en todo caso, de subrayar esta pregunta que articula y liga formación, garantía y extensión.

Podemos considerar también el problema desde un ángulo quizá trivial y constatar simplemente que: desde que existe el psicoanálisis, es decir desde hace más de un siglo atrás del presente, los analistas se organizan, se reúnen, se agrupan, son multitud. ¿Entorno a qué? ¿De una práctica? ¿De un saber? ¿De un maestro? ¿De una verdad? ¿De un ideal? ¿De una causa? ¿De un objeto? No sabría decirlo. Sólo tenemos que examinar el pequeño siglo de historia de nuestra disciplina, y observar que solamente dos formas de comunidades han prevalecido: la forma -grupo y la forma – Escuela.

Inmediatamente se plantean toda una serie de preguntas. Unas son relativas al psicoanálisis tal como este se implantó en el mundo, en diferentes países, lenguas y culturas. Otras conciernen, más específicamente, al psicoanálisis después del fenómeno-Lacan. Sería evidentemente presuntuoso querer formularlas a todas aquí y, con mayor razón, pretender responder a estas preguntas.

Me contentaré solamente con partir de la observación más simple que nos ha sido dada a cada uno para hacer: la forma-grupo de la comunidad entre analistas (cualesquiera sean sus particularidades o su estatus jurídico: ejército, iglesia, banda, asociación, instituto, fundación, colectivo, etc.) han precedido y sobrevivido a la forma-Escuela.

Agregaré que es sabido, allí donde esta distinción tiene sentido – es decir para aquellos que están orientados por las enseñanzas de Lacan – que la Escuela constituye la forma de comunidad más apta para asegurar la formación y la garantía del psicoanálisis, por un lado, y el desarrollo epistémico, por el otro. ¿Es sólo *doxa*, creencia colectiva o está fundamentada, y si es así, sobre qué se fundamenta?

A todo esto que precede, conviene agregar la paradoja siguiente: no sólo el grupo ha precedido históricamente a la Escuela, sino que no hay Escuela que se conciba que no sea sostenida por lo menos por un grupo. Además, parece existir cierta antipatía, por no decir una profunda contrariedad, entre lógica de grupo y lógica de Escuela, efectos de grupo y efectos de Escuela. De allí la pregunta: ¿En qué consisten los efectos de grupo y los efectos de Escuela?

¿Cómo se articulan y se conjugan estos dos tipos de efectos, de grupo y de Escuela? Aún más: ¿Cómo hacer de manera que los efectos de grupo no dominen o no anulen a los efectos de Escuela?

Ustedes habrán de comprenderlo, puesto que planteo aquí la hipótesis de que los efectos de grupo – que no se reducen a los efectos de identificación – contrarían y hasta incluso contrarrestan los efectos de Escuela.

Para asegurarse de esto, conviene quizá recordar el movimiento que va del grupo a la Escuela.

*

Recordemos que el psicoanálisis, como práctica y como teoría, fue la invención de uno sólo. Lo que no excluye que otro - Fliess, por un lado, para el “análisis original”, o el histérico, por otro lado - haya ocupado el lugar del supuesto saber o del analizante. Que esta invención se haya producido fuera de las instituciones establecidas - hospital y universidad - basta para indicar por qué el grupo y su psicología específica han ocupado un lugar y una función preponderantes en el primer movimiento analítico. Freud no fue solamente el descubridor y el inventor, fue igualmente, y al mismo tiempo, el Maestro, el jefe (leader) y el padre.

¿Hemos extraído todas las incidencias que tuvieron sobre el psicoanálisis – y en particular, sobre lo que llamamos, a falta de algo mejor, su transmisión – esas condiciones iniciales? Nada menos seguro. El diagnóstico de Lacan, el 15 de enero de 1964, puede ayudarnos en esto: *“Dije que el campo freudiano de la práctica analítica seguía dependiendo de cierto deseo original que desempeña siempre un papel ambigüo pero prevaleciente, en la transmisión del psicoanálisis”*. Todo el mundo recuerda que este “deseo original” llamado también por Lacan *“pecado original del análisis”* no es más que *“el deseo de Freud mismo, es decir el hecho de que algo, en Freud, no ha sido nunca analizado”*.

Lo que también sabemos, es que esta pregunta es aquella misma que Lacan entendía explorar a lo largo de su Seminario de 1963-1964, anunciado bajo el título “Los Nombres-del-Padre”. El lo dice, y nosotros no podríamos decirlo mejor: *“Lo que tenía que decir sobre los Nombres-del-Padre, en efecto, no intentaba otra cosa que el cuestionamiento del origen, es decir, averiguar mediante qué privilegio pudo encontrar el deseo de Freud, en el campo de la experiencia que designa como el inconsciente, la puerta de entrada. Si queremos que el análisis se sostenga en pie es esencial remontarse a este origen.”* (Los cuatro conceptos fundamentales..., p.20)

De la posición de excepción de Freud como padre, maestro (fundador de discursividad) y jefe de grupo o de “banda”, Lacan aisló ciertas incidencias sintomáticas en el psicoanálisis. Estas incidencias, que podemos tratar de ordenar, son de varios tipos. En primer

lugar, son relativas a los conceptos del psicoanálisis – *todos freudianos o casi todos*, señala Lacan. En segundo lugar, se relacionan con el reclutamiento de analistas y con los problemas de terminación de los análisis – marcados por las transferencias no resueltas, con su cortejo de dependencia, de fidelidad y de tutela. Finalmente, están aquellas que conciernen a los problemas de intrincamiento del poder y de la autoridad, de la transmisión familiar o para-familiar, y de su consecuencia sobre el “tratamiento” de desacuerdos y de conflictos por las escisiones o las excomuniones: división, ruptura, separación, odio.

No es sorprendente entonces que sea por la cuestión del “deseo del analista” que Lacan se relanza a la reconquista del campo freudiano.

“¿Qué ha ser del deseo del analista para que opere de manera correcta?” Y más adelante: “En todo caso, el deseo del analista no puede dejarse fuera de nuestra pregunta, por una razón muy sencilla: el problema de la formación del analista lo postula. Y el análisis didáctico no puede servir para otra cosa como no sea llevarlo a ese punto que en mi álgebra designo como el deseo del analista.” (p. 17 y 18)

Sobre este fondo, y como correlato institucional de este mismo problema, se desprende la cuestión de la Escuela como alternativa al grupo. Lo que fue bien percibido por Luis Izcovich en su comunicación en las Jornadas de Octubre sobre *“El parentesco en cuestión”*. Cito: *“No es anodino que Lacan comience con la pluralización de estos nombres – los Nombres-del-Padre- en su única lección del Seminario” “Los Nombres-del Padre” en un momento convulsionado de la institución analítica que precedió la solución conocida: la creación de la Escuela de psicoanálisis. Era una manera de poner fin al Uno de la Iglesia representada aquí por lo monolítico institucional de la IPA. (...) El recurso al Uno se vuelve siempre una salida que depende del “salvar al padre”. Consiste en borrar el nombre propio de cada uno a fin de erigir el nombre de un elegido en posición de excepción que libera el conjunto de lo que Lacan llama “el ser fallido”. (“Del Nombre –del – Padre al Padre que Nombra”, publicado en Actas de las Jornadas).*

La forma-grupo de la comunidad de analistas está a menudo, por no decir, siempre sobre esa pendiente; y la misma EFP, fundada y dirigida por Lacan, no escapa a esta situación.

¿Debemos concluir que el grupo psicoanalítico sólo es y puede ser defensa contra el psicoanálisis “sociedad de asistencia mutua contra el discurso analítico” para parodiar al Lacan de “Televisión”? No lo creo, incluso si aún hoy queda por dilucidar cómo y por qué algo del psicoanálisis ha sobrevivido y ha podido pasar, a pesar del grupo – ¡y qué grupo! – hasta hacer posible el fenómeno-Lacan.

En este punto se sitúa la cuestión de la Escuela.

**

La Escuela, lo que llamamos Escuela, procede indiscutiblemente de la crítica en acto, por Lacan, de la opción institucional de Freud. ¿Pero de qué creía defenderse a través de esta crítica? Nada menos que de ciertas incidencias de la comunidad de grupo sobre el psicoanálisis en intensión. En su “Proposición del 9 de Octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, Lacan condensa su análisis que también tiene valor de interpretación: *“La naturaleza de esas sociedades y el modo en que atemperan, se aclara con la promoción de*

Freud de la Iglesia y del Ejército como modelos de lo que concibe como la estructura del grupo. (Con este término, en efecto, habría que traducir hoy Masse de su Massenpsychologie.)

El efecto inducido de la estructura así privilegiada se aclara aun más por agregársele la función en la Iglesia y en el Ejército del sujeto supuesto al saber. Estudio para quien quiera emprenderlo: llegará lejos.

Al atenerse al modelo freudiano, aparece de modo deslumbrante el favor que reciben en él las identificaciones imaginarias, y a la vez la razón que encadena al psicoanálisis en intención a limitar su consideración, incluso su alcance.”

Anteriormente había diagnosticado una “(...) solidaridad entre la complicación, incluso las desviaciones que muestra el psicoanálisis y la jerarquía que allí reina. – y que designamos (...) como la de una coaptación de sabios.

La razón es que esa coaptación promueve un retorno a un estatus de prestancia, que conjuga la pregnancia narcisista con la astucia competitiva. Retorno que restaura el refuerzo de las recaídas que el psicoanálisis didáctico tiene como finalidad eliminar.

Este es el efecto que ensombrece la práctica del psicoanálisis: cuya terminación, objeto y finalidad misma se demuestran inarticulables luego de por lo menos medio siglo de experiencia continuada”.

De allí, la comunidad de la Escuela como alternativa en las sociedades psicoanalíticas que se volvieron no aptas, en razón de su estructura de grupo, para afrontar los desafíos de la transmisión y de la formación. ¿Pero es así de simple?

Cabe tener en cuenta aquí tres consideraciones:

- 1) indiscutiblemente, nunca hubo “Escuela freudiana” en el sentido de una Escuela fundada, orientada y animada por Freud. Lo sabemos, la elección de Freud fue otra. ¿Quién podría afirmar sin embargo, que Freud y su entorno sólo produjeron y promovieron efectos de grupo?
- 2) La crítica radical y en acto, por Lacan, de las opciones institucionales de Freud fue de doble resorte, y esta temporalidad complicó, por así decirlo, la relación de la Escuela y del grupo. Me explico: antes de ser la Escuela del pase, o más exactamente antes de ubicar el pase en su corazón, la Escuela de Lacan fue al principio una Escuela de lo que su fundador allí “enseñaba algo”. El objetivo era ciertamente de formación del analista, pero la misma pasaba por esta enseñanza que el destinaba a aquellos que llamaba sus alumnos. Maestro, enseñanza y alumnos, tales eran pues los términos que anudaban inicialmente ese lazo de Escuela. Las palabras mismas de Lacan testimonian que, si el percibía o quería esta Escuela diferente de las “sociedades freudianas”, no veía en ella menos que un grupo: “*Es entonces a un grupo para el cual mi enseñanza era muy preciosa, hasta suficientemente esencial, como para que cada uno al deliberar haya indicado que prefería su mantenimiento a la ventaja ofrecida – (...) es a ese grupo deseoso de una salida le ofrecí la fundación de la Escuela.*” (“Proposición sobre el psicoanálisis de la Escuela”)

Podríamos agregar que la cuestión de la Escuela se une además a la cuestión de la transmisión integral, la cuestión del mathema, del cual es el correlato institucional.

- 3) Con el pase, entramos en principio en una nueva lógica. El reverso es radical, ¿será porque no es más una enseñanza? – incluso enunciado a partir de una posición analizante – que determina la relación de Escuela, pero el “deseo del analista” como “deseo de saber”. Lacan lo explica más claramente en sus “Conversaciones en las universidades norteamericanas” : *“De la manera en la que él (Freud) se ocupó, se puede pensar que aquellos formados por la práctica misma estaban verdaderamente autorizados para decidir de qué se trataba lo que le competía al analista. La pregunta a la que llegué: ¿quién es capaz de ser analista?, condujo a algunos de mi entorno a abandonarme (esto fue después de una encuesta: ¿cómo alguien, después de una experiencia analítica, podía ponerse en situación de ser analista?)”*.

Es notable también que, incluso en una presentación tan “ligera” y tan lejos de su auditorio habitual, sea a un efecto de grupo – escisión y constitución del Cuarto grupo justamente- que Lacan haya asociado, directa y espontáneamente, el pase. La resistencia del grupo – o al menos de una parte del grupo – fue inmediata y violenta, como si la cuestión planteada por Lacan y lo que busca verificar el dispositivo constituyese un intolerable, y movilizase, un “yo no quiero saber nada” radical.

A partir de ese momento, la Escuela, identificada principalmente con este procedimiento y a los efectos que de él son esperados, va a producir sobre el grupo los mismos efectos del pase, y en consecuencia, va a suscitar las mismas resistencias.

No podemos evitar la pregunta: ¿Qué confort ofrecido por el grupo es amenazado por el pase?

Evidentemente, el pase, como único procedimiento analítico de evaluación de un recorrido psicoanalítico, hace más que temblar las apariencias; tiende a tratar lo real de la experiencia, toca necesariamente a su propio punto de resistencia o de impasse en el tratamiento de ese real de la experiencia. Además, sólo puede maltratar los efectos constituyentes del grupo: las identificaciones ciertamente, pero no únicamente estas. Un grupo, en particular un grupo analítico, está hecho también de desconocimientos, de transferencias, de deudas, de herencias, de narcisismo, de infatuación, de todas las formas imaginables de efectos de alienación. Teniendo como función principal: la defensa del grupo contra su verdad y contra lo real.

Sin embargo, señalemos que el rechazo no constituye el único modo de defensa del grupo contra el pase y sus efectos de Escuela: un grupo puede también desviarse y hacer jugar en provecho de sus intereses y de su narcisismo o incluso del procedimiento, en todo caso el significante del pase. Pues, no olvidemos que el pase posee un valor agalmático seguro. Queda por saber si el pase seduce y atrae en razón de lo que puede avanzar el psicoanálisis o de que el pase constituye una “elite analítica”. Podríamos así cuestionar ciertos usos del pase: pases sin Escuela, pases sin nominación, pases con procedimientos revisados, nominaciones limitadas por las necesidades políticas del grupo, etc.

Concluyo.

Los grupos existen y seguirán existiendo en el campo del psicoanálisis porque este último no puede sostenerse por la sola gracia de los lazos analista-analizante, ellos encarnan el discurso analítico como tal.

Desde ese punto de vista, hay por así decirlo, una necesidad del grupo incluso de los grupos. Pero conviene agregar inmediatamente que dicha necesidad se duplica de la contingencia de esos grupos y de sus formas institucionales. Contingencia de encuentros, de afinidades y contingencia de transferencias, de lazos de amor y /o de identificación (vertical u horizontal, con el Uno o con el Otro).

De esta necesidad procede que habrá grupo en tanto haya psicoanálisis, y que consecuentemente, los psicoanalistas se asocian en vistas de la elaboración y la extensión del psicoanálisis, condiciones del mantenimiento y de la perpetuación de su comunidad de experiencia.

En cuanto a esta contingencia, de ella resulta otra cosa : la fragilidad de los lazos de grupo que, como sabemos, se hacen y se deshacen, y a veces se rehacen, a voluntad de los movimientos de transferencias, de identificaciones de la libido investida en el lazo social.

De lo que sabemos de los grupos – con o sin “leader” – es en estructura, aparentemente, que se contrarrestan, se oponen, desvían, revierten o anulan los efectos que produce la efectuación de las estructuras de la Escuela de psicoanálisis, el pase en particular.

De allí, las últimas cuestiones que me parecen que se tienen que plantear son: ¿después de los fracasos del pase en la Escuela de Lacan y en las que siguieron a su disolución, - que son fracasos de grupos y no necesariamente del procedimiento – estamos hoy más allá? ¿Qué aportaron de nuevo las diferentes experiencias del pase sobre el pasaje al analista, el deseo del analista y el fin del análisis? ¿Qué problemas cruciales para el psicoanálisis fueron identificados y/o tratados por los analistas de la Escuela?

Puede ser que la cuestión decisiva, y que plagio de la “*Suscripción a la Escuela*” (« Adresse à l’Ecole ») no es otra cosa que esto: hay grupos y escuelas sostenidas por esos grupos; la cuestión es saber si ¿La Escuela (es decir finalmente el psicoanálisis) está hecha para el grupo, o bien el grupo para el psicoanálisis?

Según la respuesta que resulte de esta pregunta, la Escuela será promovida en su función borromeana de anudamiento de los grupos alrededor de lo real del psicoanálisis o será reducida a una función de hacer-valer, de emblema, de bandera o hasta de fetiche.

Traducción del francés al castellano: Gladys Mattalia